

parte de los dominios de Ludovico el Moro había caído, como el Milanesado, bajo el dominio del rey de Francia, quiso hacerse independiente pero fué sujeta en la primavera del año 1507. Maximiliano, con la idea de hacerse coronar emperador, hizo preparativos de una expedición armada á Roma, á cuyo fin revocó la investidura del ducado de Milan que había dado á Luis XII. No podía convenir al rey



Armadura de un caballero francés á principios del siglo XVI. Consérvase en el Museo de Tzarskoe-Selo.

de Francia la realización del proyecto de Maximiliano, que había dado asilo en su corte á los dos hijos de Ludovico el Moro, Maximiliano y Francisco, los únicos sobrevivientes de la familia Sforza, y además había adoptado, de acuerdo con el papa Julio II, el título imperial. Así, cuando Maximiliano, saliendo del Tiro, se dirigió á Roma, la república de Venecia, aliada con Francia, le negó el paso por su territorio. Esta negativa dió lugar á una guerra en la cual quedaron victoriosos los venecianos, que llevaron sus armas hasta dentro de los dominios austriacos, tanto que Maxi-

liano tuvo que humillarse á aceptar en el verano de 1508 una tregua y á reconocer en el tratado la situación de Italia tal como estaba á la sazón.

Esta complicación originó un cambio trascendental en la situación relativa de las potencias interesadas en los asuntos de Italia, y de consiguiente también en toda la política europea. La soberbia república de Venecia, con su sed de engrandecimiento, queriendo indemnizarse en Italia de las pérdidas territoriales que los turcos le habían causado en Levante, había excitado con su política enredadora y astuta el odio de todas las potencias, y finalmente riñó también con Luis XII de Francia mientras hacía las paces con Maximiliano. Su enemigo principal era el papa Julio II, adversario antiguo de los Borgias, que tenía el propósito de restablecer el dominio temporal del papado, en toda su extensión, y reunir después todos los Estados de Italia bajo la hegemonía de Roma para expulsar de la península á todos los extranjeros, tanto á los españoles como á los franceses.

En este estado de cosas, los políticos de aquel tiempo creyeron allanar todas las dificultades y conciliar los intereses opuestos de las diferentes potencias repartiendo entre ellas los territorios pertenecientes á Venecia. En efecto, á fines del año 1508 se coaligaron contra la república en Cambray, Maximiliano, Fernando el Católico, Luis XII y el papa Julio II, con el pretexto de proporcionarse á costa de Venecia los medios para una nueva guerra contra los turcos, y en realidad para repartirse el territorio de la república, por supuesto con la reserva secreta de cada coaligado de abandonar á sus compañeros siempre que su interés propio lo exigiese. Según este convenio, Luis XII debía recibir las ciudades y territorios de Cremona, Crema, Brescia y Bergamo, que anteriormente habían formado parte del ducado de Milan; el Papa obtendría á Faenza, Rímni y Rávena; el rey de Aragon recobraría las plazas fuertes de la costa oriental del reino de Nápoles, que habían sido entregadas á Venecia á título de prenda pretoria; el imperio alemán se reservaba las ciudades de Pádua, Vicenza y Verona, que le habían pertenecido antes; se devolverían al Austria el Friul y Treviso, y á los duques de Mántua y de Ferrara se restituiría lo que Venecia les había quitado.

Maximiliano, que acababa de pactar con la república de Venecia un armisticio, según hemos dicho antes, faltó á este pacto entrando en la coalición y haciendo así armas contra la república; pero creyó justificar su conducta declarando que hacía la guerra esta vez como protector de la Iglesia por llamamiento del Papa. También dió al heredero del trono de Francia la co-investidura del ducado de Milan.

Atacada así por todos lados, la república se vió en grandes apuros, pero se repuso pronto de las pérdidas que tuvo al principio de la lucha, y entretanto se fué perturbando la buena inteligencia entre los coaligados cuando observaron que el resultado de sus esfuerzos mancomunados no era el que habían esperado. Así sucedió en el caso de Pavia, que fué tomada por las tropas francesas y las de Maximiliano, y recobrada por los venecianos hubo que sitiaria otra vez, porque la república tuvo la grandísima suerte y la ventaja decisiva de que las ciudades sometidas á su dominio le permanecieron fieles y resistieron á todas las excitaciones que los aliados les hicieron en sentido contrario, y hasta á los ataques y sitios, defendiéndose sin rehuir los más onerosos sacrificios. Al propio tiempo en esta difícilísima situación la diplomacia veneciana demostró su maestría, adquirida en el transcurso del tiempo, y ora cediendo en ocasión oportuna, ora satisfaciendo algunas exigencias rechazadas antes, supo apartar algunos coaligados de la liga y hacer con ellos las paces. Al rey de Aragon devolvió la república las

plazas marítimas de la Pulla que tenía en su poder á título de prenda pretoria, y al Papa los territorios de la Romagna que estaban en litigio. Desde el desgraciado sitio de Pádua estaban reñidos el rey de Francia y Maximiliano, y éste, faltó siempre de dinero, fué quedándose sin soldados y hubo de ver cómo los franceses quedaban dueños únicos del campo y trabajaban sin miramiento y con toda energía por

la realización de su plan particular, á saber: el de establecer su dominio sólidamente en la Italia septentrional sin hacer el menor caso de los derechos y pretensiones del imperio romano-germánico. La liga se disolvió, pues, de hecho y la república de Venecia salió casi incólume de la lucha que había amenazado su existencia.

Entonces fué cuando el Papa creyó la situación propicia

Venedig gräiser darnach an  
Schlug in zu todt vil tausent man  
Do kal nit wol zunemen ist  
Von größe wegen als ir wist  
Auch abgerwan manch flecten guet  
Damit auch strafft in obermuet



Escena de las guerras de Maximiliano I con la república de Venecia.—Copia de un grabado en madera de Alberto Durero.

para realizar también sus planes, y puso en campaña toda su prodigiosa habilidad diplomática. Después de haber obtenido de la confederación suiza, cuya tregua con Francia tocaba á su término, autorización para establecer banderines de enganche en su territorio, puso de su parte al rey Fernando de Aragon dándole la investidura de Nápoles. Las colisiones entre las tropas francesas y las del Papa se iban haciendo frecuentes; el Norte de Italia volvió á ser teatro de una nueva guerra, que fué un nuevo martirio para los infortunados y atribulados pueblos, y hasta para sus señores, porque los que se negaron á cooperar voluntaria-

mente á la política del Papa tuvieron que hacerlo á la fuerza; Alfonso de Ferrara, uno de ellos, fué excomulgado y la princesa de la Mirandola fué sitiada en su ciudad por el belicoso Papa en el invierno de 1510-1511 y tuvo que capitular.

El congreso que se reunió en Mántua para restablecer la paz nada consiguió á pesar de los esfuerzos que en él se hicieron para llegar á un arreglo. Maximiliano mantuvo su alianza con Francia y envió para continuar la guerra contra Venecia una partida de infantería mercenaria á las órdenes de Jorge de Frundsberg, sin curarse de las quejas y lamen-